

El botón de Margaret

Ernesto Campos Flores



Capítulo 1

La mamá de Margaret lloraba porque su hija había muerto, una vez más. Margaret, en un ataque de furia, había hundido otra vez el botón del cuello que la mataba. Cuando su mamá la reprendía, Margaret casi siempre hacía lo mismo. Moría, y después de un tiempo, cuando la rabia se le pasaba, el botón inasible del cuello de Margaret saltaba desde los adentros de su piel, ella bostezaba, sus ojos se reabrían, su corazón volvía a palpitar, y Margaret a respirar. Entonces, Margaret pedía perdón a su mamá, unas veces sí y la mayoría no, y así Margaret y su mamá vivían.

Margaret era una niña un tanto malcriada, de esas que responden a su mamá faltándoles el respeto. Esta vez, Margaret se había negado a tomar un baño antes de cenar, porque estaba muy entretenida dándole vida a su juguete preferido: una vieja marioneta que su papá había adquirido en una feria el día en que por primera vez cortejó a su mamá. La mamá de Margaret había perdido a su esposo hacía poco más de ocho años, cuando este fuera arrollado por un caballo loco encabritado que bajaba a toda velocidad por una ladera, encontrándole el paso al papá de Margaret.

Margaret había nacido extrañamente con ese botón amarillo en el cuello. El doctor, con voz notablemente nerviosa y con los ojos bien abiertos y fijos en el botón, había dicho que era mejor no tocarlo porque un millón de cosas podían suceder basándose en estudios médicos muy complejos que no venían al caso discutir; al parecer, el doctor no había querido revolver ese avispero.

Cuando Margaret tenía cinco años usó su botón por primera vez sin querer, manoteando un mosquito que le chupaba el cuello cuando se disponía a caer dormida en la noche. Margaret no despertó al día siguiente, y su mamá la vio en su cama como cuando se mira a un muerto: dormida pero sin respirar. Cuando no más lágrimas se podían ya drenar de los ojos de su mamá, Margaret abrió la boca como para darle un mordisco al nascente sol que se asomaba por su ventana, exhalando con fuerza el aire que hacía un instante había deglutido bostezando. Según se sabe, un par de segundos más allá el botoncito amarillo había hecho ipop! y por ello, al parecer, Margaret había ahora despertado como si nada. Margaret con el tiempo aprendió que para morir de mentira solo tenía que hundirse el botón, y que al este imprevisiblemente reaparecer, un simple bostezo dos segundos más tarde la devolvería a la vida. El problema fue que Margaret lo empezó a utilizar para vengarse de los reproches y observaciones que su mamá le hacía. Esta comenzó a tener miedo de educar y reprender a Margaret porque no quería verla morir, ni siquiera un segundo. Y Margaret creció malcriándose cada vez más y más ante los ojos tristes de su mamá. Margaret era quien mandaba en su

casa, con tan solo nueve años.

-Margaret, mi amor, por favor no comas con la boca abierta. Margaret sonriendo pícaramente y hasta con un leve toque escabroso en su expresión, llevaba su dedito al botón.

-¡Niña, por favor, ya es hora de acostarse! Margaret, con el ceño fruncido y con una cierta actitud de dominio o coerción en sus infantiles movimientos, aproximaba con lentitud, para que su mamá observara, su tenebroso dedillo al botón.

Y así con bastante frecuencia lo mismo sucedía, por todo o por nada.

Pero como todo lo inadecuado en la vida por lo general recibe una lección o termina mal, la mamá de Margaret enfermó iniciándose la primavera; sí, y de gravedad aunque nunca sintió dolor. En tres días su triste mamá cerró los ojos, y de verdad murió. Margaret deseó con todas sus fuerzas que su mamá tuviera un botón como el de ella. Y también deseó el no haber utilizado su botón para dominar a su mamá como casi siempre lo hizo.

Margaret se había acostumbrado a jugar con la muerte sin darse cuenta de que esta algún día la aleccionaría, ya que la verdadera muerte es permanente y por tanto no tiene revés ni remedio. Margaret desesperadamente hundió su botón pensando que tal vez por una sola vez moriría de verdad, pero como era de esperarse, al tiempo el botón saltó una vez más de entre los músculos y las arterias de su cuello, y por primera vez Margaret odió despertar no pudiendo evitar lo inevitable: la vida continuaba, pero ahora sin su mamá.

Margaret sintió que el destino se había burlado de ella sin que nada pudiera hacer al respecto, como si alguien con poder le hubiera caprichosamente arrebatado a su mamá sin permiso, aun sabiendo que le habría gustado vivir más tiempo con ella, y así lloró desconsoladamente semana tras semana también recordando cómo su mamá sufría cuando ella moría. La muerte o como también acostumbramos a decir, la vida, además de robarle a su mamá sin tomar en cuenta sus sentimientos, también la obligaba a continuar viviendo, sin derecho a reclamos, el dolor de su pérdida. Margaret sentía que las decisiones de su propia vida ya no le pertenecían, sino a la muerte, que su vulnerable existencia era no menos que un títere bajo el control de aquella. Pensaba que tal vez su mamá no habría muerto si ella no le hubiera ocasionado tantas angustias. Se acordaba también de ella con extrema tristeza cuando volvía a comer con la boca abierta, cuando se le hacía demasiado tarde sin haberse ido a la cama, cuando no quería terminar las tareas de la escuela, etc.

Margaret había aprendido a conseguir lo que quería con tan solo acercar su dedito al botón, pero esta vez, por primera vez en su vida, la vida

misma le había quitado ese poder. A Margaret también le dolía en lo profundo del pecho que el panadero siguiera haciendo pan, que sus amigas se divirtieran en la playa los domingos y que la gente siguiera yendo a sus trabajos, como si nada hubiera sucedido. La sorprendente trágica cotidianidad de la vida que le sigue a la muerte era para ella extremadamente abrumadora. Margaret cayó en cuenta de que sin querer su vida se había partido en dos: en el antes y el después de la muerte de su mamá. Y así todo lo que luego hizo y vivió, incluyendo todo lo insignificante, como que se iba registrando en un nuevo, indeseable e inoportuno conteo: la primera noche después de la muerte de su mamá, el primer día de escuela, el primer domingo, la primera lluvia, y así su primera navidad y su primera o su primer todo. Objetos que nunca tuvieron mayor significancia repentinamente se convirtieron en tesoros de incalculable valor para Margaret: el manajo de llaves con que su mamá abría la puerta, su cepillo de dientes, sus gastadas sandalias, la lista de cosas por comprar de su puño y letra que plasmó en un papelito arrugado que no logró llegar al abasto de doña Fátima.

Tiempo le llevó comprender que solo su mamá podía haber tenido con ella esa conexión tan especial, y que por ello nadie más podría sufrir su muerte tan dolorosamente. Cuando despertaba en la mañana, un golpe sorpresivo directo al pecho, como proveniente de un gran boxeador de peso pesado, la estremecía de dolor y angustia mientras le robaba al mismo tiempo la poca energía anímica con que contaba para culminar el día. También, por donde iba, recordaba que allí su mamá había dado pasos, hablado y vivido. Cuando pensaba en lo que haría cuando fuera grande, pensaba que su mamá ya no compartiría con ella sus logros ni sus triunfos. Siempre, después de soñar con ella, Margaret al despertar tenía la dubitativa certeza, aunque fuera por una fracción de segundo, de que su mamá aún estaba viva y que todo aquello no podía ser sino una terrible pesadilla, pero indebidamente, justo antes de la redención, la realidad perturbadora como si aún quisiera burlarse de ella, con detalles manifiestos le hacía revivir una vez más su muerte. A pesar de haber presenciado el entierro de su madre, Margaret trató entonces de pensar que su mamá continuaba viva y se había ido por el mundo en un largo, largo, largo viaje, pero al poco tiempo ella misma quiso desechar tal idea.

Margaret nunca creyó que su mamá podía morir, aunque sabía que todas las personas mueren más tarde o más temprano, así como se mueren las hojas de los árboles en el otoño, los okapis, las flores en el invierno, los saltamontes, los kakapos, los tiburones duende, las tortugas leopardo, los monos narigudos, los ornitorrincos, los perros, los ñus, los gatos y todo lo vivo. Margaret entonces se dio cuenta de que cada día de la vida era muy importante, porque la muerte verdadera no siempre avisaba cuando iba a venir. Más que eso, Margaret con el tiempo se empezó a tranquilizar y pensó que la muerte era algo natural e inevitable, y que por ello, en vez de angustiarse o buscar culpables invisibles, debía ocupar su tiempo en ayudar y alegrar a la gente que no puede ayudarse ni alegrarse por sí

misma antes de su último viaje.

Asimismo a Margaret, sin saber por qué, extrañamente un día se le ocurrió que el origen de su llanto tal vez ya no radicaba por completo en la desaparición física de su mamá, la cual nunca más sufriría por nada, sino en su propia sensación de abandono e infortunio. Margaret también comparó la muerte de su papá, al que poquísimo pudo conocer, con la de su mamá, y le pareció inexplicablemente reconfortante el hecho de saber que su mamá había tenido una muerte tranquila y sin sufrimientos. Recordó también como doña Clotilda, la dueña de la botica de la esquina, había vivido cinco años en cama antes de morir, sin poder moverse por una enfermedad que le había paralizado la mitad del cuerpo, y se convenció todavía más de que su mamá en realidad había sido afortunada.

Margaret maduró mucho con la muerte de su mamá, aun cuando solo contaba con nueve añitos. Aunque Margaret pronto se dio cuenta de que sus nueve años habían pasado sin haber procurado darle a su mamá las alegrías que fácilmente ella hubiera podido, y que año que se va no vuelve, sin embargo pensó que ya no tenía sentido lamentarse por ello; más bien reparó en que de allí en adelante debía tratar de recuperar con calidad y también con cantidad los momentos no vividos con su mamá, pero esta vez ocupándose de personas angustiadas y necesitadas de compañía, como muchos de los viejitos que viven solos. Margaret, con tan corta edad se dijo a sí misma: "¡Nunca es tarde para recuperar el tiempo perdido!". Con la ayuda de su tío Homero Renán y su tía Cornelia, que se habían mudado de muy lejos para ahora cuidar de ella, Margaret aprendió a hornear galletitas de mantequilla con almendras que luego repartía los domingos, entre las escuchas de cortas y largas anécdotas de vida, a todos los viejitos tristes del Hogar de Ancianos de San Pedro de Lloc, que quedaba a tres cuadras de donde ella vivía, alegrándoles así sus últimos días. Margaret se quedaba largo tiempo con ellos, aprendiendo a montones mientras les sacaba las sonrisas.

Poco a poco, Margaret comenzó a recordar y sentir a su mamá ya no con tristezas sino con alegrías. Margaret se dedicó a pensar en los momentos buenos que vivió al lado de su mamá, no para seguir lamentándose por la ausencia de ellos sino para mantenerlos vivos y honrar así su memoria. Margaret sabía que si su mamá la estaba mirando desde otro mundo misterioso, ella estaría contenta y orgullosa de verla tranquila y fuerte, calmada y serena, sonriéndole con aprobación.

El tiempo pasó y Margaret se hizo adulta, pero nunca pensó en tener hijos, tal vez porque subconscientemente tuvo miedo de sufrir como su mamá lo había hecho. Un esposo tampoco quiso, porque los hombres le causaban cierto temor. Algunas veces ella misma se preguntaba si la razón de ello radicaba en que no había realmente conocido ni tenido contacto con su papá. Y así el tiempo siguió su camino hasta que una

noche de tibio verano, años de años más tarde, que a Margaret le parecieron que se habían hecho uno solo porque casi sin darse cuenta ya había cumplido los sesenta años, soñó que su mamá le sonreía con ternura, y que le abría los brazos con un aire cálido y tranquilo, como desbordante de paz. Esa noche Margaret no quería despertar, y a la mañana siguiente cuando el sol sí despertó Margaret no lo hizo, porque la muerte de verdad le llegó como naturalmente a todos les llega, y su botón, hacía años ya de color gris pálido amarillento, sin que ella lo hundiera, se escondió lenta y suavemente por entre los pliegues y arrugas de su cuello.

Margaret, todavía requetecontraconfundida viendo su propia figura en la cama, comprendió que su madre realmente nunca murió, que solo su cuerpo se había dormido para siempre, y que en ese entonces a ella no le correspondía partir porque aún debía perfeccionar un millón de cosas en su vida antes de emprender el viaje definitivo. Desde atrás, una mano familiar le acarició el cabello con ternura y Margaret casi se muere del susto. Pero entonces su mamá la abrazó y Margaret lloró como llora una niña de nueve años. Las dos, Margaret y su mamá, se tomaron de la mano y juntas flotaron sin esfuerzo fuera del cuarto, hablándose sin producir palabras, mientras contentas se alejaban sin quitarse la vista la una de la otra. Detrás de una suave y algodonosa nube blanca, ambas desaparecieron al tiempo en que la tía Cornelia con sus ochenta y seis años, la hallaba todavía calientita en su lecho, con esa sonrisa de calma y tranquilidad que muestra aquel que con certeza siente que finalmente ha sido perdonado.